

LAS NAVAS DE TOLOSA

CARLOS VARA

LAS NAVAS
DE TOLOSA

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Jordi Sàbat

Primera edición: marzo de 2012

© Carlos Vara Thorbeck, 2012

© de la presente edición: Edhasa, 2012

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C
C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2588-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-3.965-2012

Impreso en España

Dedico este libro a mis nietos. En él se describe la batalla más importante que tuvo lugar durante la Reconquista. Esta larga guerra que se inició en Covadonga en el año 711 y terminó con la toma de Granada en 1492 permitió la unificación de España. Gracias a ello, hoy podemos estar orgullosos de pertenecer a Europa.

Málaga, 19 de marzo de 2011

Índice

Agradecimientos	11
Introducción	17
1. Los protagonistas	21
2. Guerra e ideología.	103
3. Los contendientes y el arte de la guerra	189
4. Itinerario de las tropas cristianas	261
5. La ruta del ejército almohade en la Península	301
6. El Lunes de las Navas.	313
7. Testimonios materiales de la batalla y su entorno	371
Epílogo	391
Notas.	395

Agradecimientos

Estas páginas que figuran en primer término suelen ser tanto en éste como en todos los trabajos las últimas que se escriben, puesto que, hasta que se revisa la última palabra, uno necesita la ayuda constante de los demás. La colaboración recibida me ha permitido llegar a las distintas fuentes consultadas y creo por consiguiente que es de estricta justicia que ahora, brevemente, haga patente mi gratitud a todos aquellos que me han ayudado.

Este trabajo no sólo ha conseguido cultivar mi conocimiento de la Historia, sino también incrementar el número de mis amigos, distribuidos además por los más variados campos del conocimiento.

Quiero agradecer la extraordinaria colaboración de la profesora doctora Marion Reder Gadow, directora de mi segunda tesis doctoral. Gracias a su gran generosidad y dedicación, este trabajo ha podido llevarse a cabo.

A la profesora doña María Jesús Viguera Molins le debo tanto que me resulta difícil expresarlo con palabras. Gracias a sus extensos conocimientos y a su espíritu alegre y optimista, antídoto necesario en los momentos de desánimo que surgen en la realización de cualquier trabajo, ha sido posible la terminación feliz de este estudio. Ella ha representado un constante estímulo, por el que le estaré siempre agradecido.

Al profesor don Gonzalo Martínez Díaz, S. J., mi ilustre paisano, le debo abundante y selecta documentación a la que no había tenido acceso hasta mi encuentro con él. En mi visita a Valladolid no sólo aprendí historia, sino que tuve además la oportunidad de conocer a este singular burgalés de gran personalidad, sin duda alguna heredero de los principios y virtudes de los castellanos protagonistas de esta batalla.

Al doctor don Álvaro Soler del Campo, director de la Real Armería de Madrid, debo agradecerle el tiempo y la paciencia que me dedicó para que yo llegase, no sólo a conocer todos los tipos de armas, sino a entender su manejo, su utilidad, en los albores del siglo XIII.

Sin duda alguna, este trabajo que hoy termina no se hubiera llevado a cabo sin la colaboración de Rafael de Fez. Gracias a su entusiasmo, a su conocimiento del terreno, a su espíritu de aventura, ha sido posible localizar el Paso de la Losa, así como otros caminos, senderos y, sobre todo, cada vericuerdo, loma o collado del campo de batalla. Con Rafael y María Victoria Buergo, su mujer, durante tres años, con una perseverancia fervorosa, hemos recorrido caminos, cruzado ríos, subido montes, acampado y madrugado, con el fin de identificar todos los detalles geográficos. Sin su colaboración y ayuda es seguro que el trabajo de campo en la batalla de las Navas de Tolosa estaría todavía sin hacer.

Luisa, mi mujer, ha sido también una infatigable colaboradora, madrugó muchos días, lo que en ella es meritorio, para acompañarme al campo de batalla y ha corregido todo el estilo gramatical de este estudio le debo tantas cosas que sería imposible ponerlas por escrito en esta introducción.

Mi entrañable amigo el profesor Ignacio Núñez de Castro, descendiente del cronista de Alfonso VIII, ha sido, no sólo cola-

borador inestimable, sino también y sobre todo el responsable de la idea, en principio un tanto descabellada, en virtud de la cual un cirujano como yo se arriesgó a investigar sobre esta famosa batalla. Por esta razón deben atribuirse a Ignacio todos o casi todos los errores que yo haya podido cometer.

Con José Ruigómez y Chituca Collantes Arnaíz anduvimos todo el norte de Palencia buscando testimonios de don Tello Téllez y de doña Mencía de Lara.

Antonio Pascual Lupiáñez S. J. ha sido el traductor de los textos latinos en los que se han basado muchos de los aspectos de este trabajo. Sin sus conocimientos de latín y de la historia de la Iglesia este proyecto no hubiera sido completo. También juntos recorrimos el norte de Castilla la Vieja, buscando conventos, iglesias y curas dispuestos a involucrarse en nuestras investigaciones. Precisamente estos últimos han constituido un verdadero ejército de colaboradores, unos con más éxito que otros pero todos ellos animados por una gran ilusión. En esta línea, debo expresar mi agradecimiento a Matías Vicario Santamaría, archivero de la catedral de Burgos, que buscó en los fondos bibliográficos de dicha catedral noticias sobre Juan Maté; a Clemente, abad de Silos, que nos acogió en su monasterio, a los cartujos de Miraflores y a Jesús Garcés, de la diócesis de Tarazona. Doña Carmen García Bellido me ayudó en la búsqueda bibliográfica.

Paco García Mota, deán de la catedral de Málaga, me facilitó el camino para llegar a los archivos de las catedrales de Sigüenza, Barcelona y Ávila.

Constancio Mínguez y Adalberto Martínez Solaesa me abrieron las vetustas puertas de la diócesis de Osma.

El doctor Saiz Jarabo y don Manuel Martínez Mosset, notario de la diócesis de Cuenca, me permitieron obtener docu-

mentación de dicha diócesis y me pusieron en contacto con don Francisco Medina, que me dedicó todo el día para enseñarme el convento de Uclés, desde sus cúpulas barrocas hasta sus cimientos medievales.

Salvador Martín Cruz, amigo entrañable, durante los años de estudio en la vieja Facultad de Medicina de San Carlos, me facilitó y buscó la documentación correspondiente al reino de Navarra.

Don José Antonio Vicente Gárate, cura párroco de Fitero, y don Ricardo Fernández, historiador navarro, me ayudaron voluntariamente en la pormenorizada visita que realizamos al monasterio de Fitero, del que fue abad san Raimundo.

Don Isidoro Anguita, abad del monasterio cisterciense de Huerta, junto con don Teodoro y don Alfonso Rubio, se desvivieron por ayudarnos y nos abrieron todas las puertas necesarias para descubrir hasta las últimas piedras de su inolvidable convento.

La comunidad cisterciense de San Andrés del Arroyo, y en particular sor Sagrario Abia, se entusiasmó hasta tal punto con la colaboración que le solicitamos tras nuestra visita al monasterio, que se ha prolongado en un fructífero intercambio bibliográfico y una enriquecedora colaboración mutua. Asimismo, quiero expresar mi agradecimiento a la madre Ana, abadesa del monasterio cisterciense de Villamayor de los Montes, y a toda su comunidad por su inestimable y continuada ayuda.

La comunidad de las Hermanas de Belén, del convento de Sijena, nos facilitó también el acceso a todas las fuentes que solicitamos y expresamos nuestro agradecimiento personal a sor Felicidad, a la que me permito llamar “colega” en recuerdo de su profesión primera, antes de “profesar”.

Don Rufino Almansa, prestigioso historiador jienense y párroco de la Hiruela, nos suministró abundante bibliografía y nos permitió utilizar su magnífica biblioteca particular.

Fray Urbano obtuvo documentación de Palencia y Martín Álvarez Ocampo de Plasencia, junto con el canónigo don José Sedín Blázquez.

Rafael Banderas S. J. (q.e.p.d.) buscó la documentación de Inocencio III, en un difícil mundo que él conocía especialmente bien, el Vaticano. Mis amigos “historiadores” Francisco Cabrera, Vidal Sánchez y Manuel Olmedo me explicaron y facilitaron cómo llegar a distintos archivos nacionales.

Wenceslado Soto Artuñedo, Javier López de Novales, Eduardo Sánchez de Badajoz y mi hijo Carlos me ayudaron con el “maldito” procesador de textos. Gracias a ellos todo se escribió y, milagrosamente, no desapareció todo el trabajo dentro de ese maligno aparato que llamamos ordenador.

Buby fue muchas veces a la Real Academia de la Historia y a la Biblioteca Nacional en búsqueda de bibliografía, aguantó muchas impertinencias, y me salvó de naufragios en las ondas informáticas. Chipi, durante un verano tradujo textos ingleses. Alfredo García Aránguez ha buscado, encontrado y conseguido planos e inestimable información sobre las cañadas reales, en La Mancha.

Don Manuel López de Cózar y doña Victoria de Sagastizábal Núñez nos abrieron su casa en La Carolina y nos proporcionaron antiguos planos de sus fincas que hoy ocupan buena parte del campo de batalla. Don Pedro Fernández Clavero me proporcionó fotografías de la cruz de Vilches.

A don Francisco Bautista, a don Antonio Carballeda, a don Jesús de Paz, a don Domingo Moreno y a don Javier Ramírez,

responsable del Centro de Imagen de la Universidad de Málaga, les agradezco su colaboración en el tratamiento de las fotografías que ilustraron *El Lunes de las Navas*.

No puedo dejar de mencionar aquí a don Miguel Morales Jiménez, guardia civil del Viso del Marqués, a don Miguel Soria, guarda del Parque Nacional de Despeñaperros, a don José Florencio, guarda de Salvatierra, y a tantos y tantos labradores y pastores anónimos que en muchos momentos de pérdida del camino y desesperación en el campo nos orientaron y alentaron.

La Universidad de Jaén publicó la primera edición de este trabajo; por ello quiero dar las gracias a su rector y buen amigo el profesor doctor Luis Parra y al profesor Galera Andreu, vicedirector de Extensión Universitaria por aquel entonces.

Quiero expresar por último mi agradecimiento a la editorial Edhasa por la confianza que ha depositado en mí, especialmente a doña Penélope Acero y a don Josep Mengual.

Puedo asegurar a quien lea este capítulo que su redacción ha sido para mí entrañable, porque al plasmar los nombres de todos aquellos que me han ayudado, he recordado su amistad y los buenos ratos compartidos. Los castellanos viejos solemos ser parcos en palabras y sintéticos en nuestras formas de expresión. Por ello sólo quiero expresar aquí mis más sinceras gracias a todos ellos, por su colaboración y, sobre todo, por haberme honrado con su amistad.

Introducción

¿Cuáles fueron las razones personales que me animaron a profundizar en un tema tan alejado de mis actividades y, sobre todo, de mi formación universitaria?

Sin duda alguna, la batalla de las Navas de Tolosa es el hecho más relevante del período que comienza en Covadonga en el año 711 y termina con la conquista de Granada en 1492; todos estos siglos necesitaron los españoles para reconquistar el suelo patrio tras la invasión musulmana.

El día 16 de julio de año 2012 se cumplen ochocientos años de la batalla, que tuvo lugar, como todos los de mi generación aprendimos durante el bachillerato, en el año 1212. Actualmente, parece que ya no se estudia con tanto entusiasmo este capítulo de nuestra historia, o se pasa de puntillas por el mismo, para ser políticamente correctos, pero llegará el día en que las aguas vuelvan a su cauce.

La segunda razón que justificó mi empeño era que, con el conocimiento actual de la geografía de la zona y una experiencia vivencial, reproduciendo las marchas y acampadas de las tropas, se podría facilitar una mejor comprensión de las crónicas contemporáneas de la batalla. He intentado reproducir las mismas situaciones, en las mismas fechas, y en los mismos lugares en que se desarrolló el acontecimiento histórico. En algunos capí-

tulos el lector encontrará datos y coordenadas geográficas que pueden hacer tediosa su lectura, pero mi idea es que cualquier persona pueda actualmente recorrer esos caminos, y si lo hace no quedará defraudada.

Sobre las Navas se ha escrito mucho, desde los días de la batalla. Téngase en cuenta, por ejemplo, las crónicas cristianas contemporáneas de don Rodrigo, de Lucas de Tuy y del arzobispo de Narbona, además de las árabes. Los testimonios en torno al acontecimiento se han ido acumulando. Desde el siglo XIX, los historiadores se habían ocupado no sólo del acontecimiento en sí, sino también de analizar sus consecuencias. Pero nadie había llevado a cabo un trabajo de síntesis en el que se pasara revista a los personajes que intervinieron, a la táctica y a la estrategia que se emplearon, en función de los conocimientos y usos de la época. En definitiva, nos proponemos reproducir una historia de las Navas que, si bien de lejos, siga el esquema de *El Domingo de Bouvines*.

Exceptuando a Huici de Miranda, que a principios del siglo XX visitó personalmente el área donde aconteció el encuentro bélico, los demás autores se guían exclusivamente por planos de la región, a menudo poniendo de manifiesto un desconocimiento real del campo de batalla e incurriendo a veces en errores de localización. Los trabajos realizados sobre las rutas y los caminos que unían la Meseta con Andalucía no son tampoco concluyentes en cuanto a la progresión del ejército cruzado. La senda o camino que, en un momento determinado, les muestra el pastor y que permite al rey Alfonso VIII salvar la difícil situación provocada por la toma del paso de la Losa por parte de los árabes tampoco ha podido ser contrastada y delimitada geográficamente.

En cuanto a la localización de este paso de la Losa, la inmensa mayoría de los autores lo identifican erróneamente con el actual paso de Despeñaperros. También existen controversias en cuanto a la ruta seguida por las tropas desde Toledo al puerto del Muradal, aunque las antiguas crónicas proporcionaron muchos puntos geográficos de referencia. Estas controversias se deben, en parte, a la evolución que han sufrido con el tiempo los nombres de los distintos ríos o accidentes geográficos, o bien a que el historiador actual ha ignorado las normas, por otro lado perfectamente documentadas, que regían la marcha de un ejército en la Edad Media.

En esta nueva edición hemos incluido nuestras investigaciones sobre el camino que siguió el ejército almohade desde Tarifa, puerto de desembarco de las tropas enviadas desde África, hasta Jaén.

Otra incógnita que ha persistido hasta el momento actual es el número de combatientes de ambos bandos. Las cifras que se han manejado parecen desorbitadas para la época. En nuestro estudio geográfico hemos medido en los planos, con la ayuda de un curvímetero, las posibles áreas de acampada. Estas cifras, conjuntamente evaluadas con datos sobre la intendencia de las tropas, pueden contribuir a esclarecer esta cuestión. Hemos apoyado estas cifras también, en función del campo de batalla que hemos delimitado, según los restos arqueológicos.

Sin embargo, hemos sido incapaces de resolver otras incógnitas que persisten hasta el día de hoy. Me refiero al número de muertos, y especialmente a la enorme desproporción entre las bajas de los musulmanes y las referidas en el ejército cristiano. Por último, tampoco en mi calidad de médico y cirujano he encontrado explicación fisiopatológica al hecho constatado por

don Rodrigo de que los cadáveres del enemigo no presentaban restos de sangre, teniendo en cuenta que habían sido descuartizados.

Confío que en los párrafos precedentes haya encontrado el indulgente lector de este trabajo una explicación que satisfaga su curiosidad ante mi osadía, y sobre todo, solicito humildemente la disculpa de los expertos, que espero juzguen con benevolencia este trabajo.

Capítulo 1

Los protagonistas

Como en las obras de teatro, en el transcurso de la historia de la humanidad el destino designa a unos personajes como primeros actores, a otros como actores secundarios y al resto, anónimo y numeroso, como simples comparsas. En este capítulo nos ocuparemos, en primer lugar de los reyes que fueron los protagonistas de la batalla. Entre ellos, sin duda alguna es el rey de Castilla la figura principal de esta gesta histórica.

Don Alfonso VIII

Alfonso de Castilla, aclamado el Bueno y Noble, a quien unos cuentan por octavo y otros por nono, nació el 11 de noviembre del año 1155 según los Anales Toledanos, que dicen textualmente: “Nació don Alfonso la noche del día de San Martín, que fue día viernes era MCXCIII”.¹

Julio González, a quien con toda justicia se puede considerar el autor más experto en este período de la historia, basándose en documentos de la época que demuestran que el padre del futuro rey se encontraba semanas más tarde en Soria, considera

que fue en esta ciudad castellana en donde vino al mundo.² Don Alonso Núñez de Castro, primer cronista que escribió la vida de nuestro protagonista, piensa por el contrario que la patria chica del rey fue la ciudad imperial de Toledo.³ Era hijo de don Sancho III, el Deseado, y de doña Blanca, hija del rey de Navarra. Fueron sus abuelos paternos don Alfonso VII, el Emperador, y doña Berenguela, hija del conde de Barcelona, don Ramón. Por línea materna don García, rey de Navarra, y doña Urraca, hija natural del propio Alfonso VII el Emperador.

Su abuelo paterno había cometido el error de dividir nuevamente su reino entregando Castilla a su primogénito Sancho y León a su segundo hijo, don Fernando. Esta división originó enfrentamientos posteriores a la muerte del Emperador, primero entre los hermanos y más adelante entre tío y sobrino.

Al año escaso de su nacimiento, el futuro rey Alfonso VIII pierde a su madre, la reina doña Blanca, que muere el 12 de agosto de 1156 y será enterrada en Nájera. Alfonso VIII era tataranieto del Cid por vía materna.⁴

Su abuelo el emperador muere en 1157 en las Fresnedas, vertiente norte del puerto del Muradal, cerca del actual pueblo del Viso del Marqués, y es enterrado en Toledo.

Poco después, el 31 de agosto fallece también su padre, el rey don Sancho III, el Deseado.

Nuestro protagonista, don Alfonso, queda, por consiguiente, huérfano de padre y madre a la edad de tres años.⁵ Don Sancho, presumiendo la grave situación que se crearía a su muerte, dada la corta edad de su hijo, había decretado varias disposiciones:

1. Los nobles mantendrían sus tenencias, según él se las había entregado, hasta que su hijo cumpliera la edad de quince años.

2. Dispuso, asimismo, que la tutoría del rey don Alfonso VIII debía recaer en don Gutierre Fernández de Castro, que había sido también su preceptor, mientras que la regencia del reino debía ejercerla don Manrique de Lara, que en aquel momento era el magnate más poderoso, pues regentaba las plazas de Ávila, Atienza y Toledo, así como las de Baza y Almería hasta que estas dos últimas se perdieron.

Estas disposiciones no tardaron en originar graves enfrentamientos entre los Castro y los Lara.

Don Manrique, junto con sus hermanos don Nuño y don Álvaro y su hermanastro don García de Aza, solicitaron al tutor del rey, don Gutierre Fernández de Castro, que cediera la tutoría a don García de Aza, a lo que aquél accedió. Pero posteriormente don García de Aza, hombre de poco carácter, traspasó este cargo a don Manrique, y de esta forma la casa de Lara se hizo con todo el poder.

En 1160 se rompe el entendimiento entre los Castro y los Lara. Los Castro, desairados, se hacen vasallos del rey de León, conservando sus posesiones.

Fernando II, con tales apoyos, entra en Castilla y ocupa Extremadura, Segovia y Toledo (9 de agosto de 1162). Fernando II, deseaba disponer del rey niño, con el objetivo de hacerle renunciar a todos sus derechos, y de esta forma anexionarse Castilla.⁶ Don Manrique se ve obligado a ceder la tutoría del pequeño rey de Castilla a su tío, el rey de León, y se compromete entregándoselo en la ciudad de Soria, a la que a tal fin acude el leonés.

Sin embargo, el caballero Pedro Núñez de Fuente Armegil, pueblo cerca de Osma, "... manifestando lo heroico de su sangre, y lealtad, heredada de sus mayores..."⁷ ocultó al rey niño bajo su capa, y huyó con él a San Esteban de Gormaz. Desde esta

plaza pasó Alfonso VIII a la ciudad de Ávila, donde tanto los caballeros como el pueblo abulense se ofrecieron para defenderlo de todo peligro hasta darle en posesión su reino.

En virtud de este ejemplar comportamiento, la ciudad recibió el título “de Ávila los leales”. Las luchas entre Castro y Lara continúan y finalmente don Manrique muere en el sitio de Hueite tras caer en una trampa que le tendió su sempiterno enemigo Fernando Rodríguez de Castro, al que se le recrimina con la célebre frase “artero, artero, pero no buen caballero”.

Don Nuño Pérez de Lara, hermano de don Manrique, ocupa entonces el cargo de regente del reino. La guerra entre ambas familias se interrumpe con fases de treguas, y la victoria, de forma veleidosa, favorece alternativamente a uno u otro bando. El 26 de agosto de 1166, con el concurso de los de Ávila y de Esteban Illan, se recupera la ciudad de Toledo para el rey Alfonso.

Aprovechando la situación caótica de Castilla, también el rey de Navarra, don Sancho, había invadido la Bureba, y La Rioja.

Alfonso VIII, pese a su minoría de edad, con la ayuda de los señores locales y gracias a la fidelidad de don López Díaz, señor de Vizcaya, y de Pedro de Aranzuzi, recuperó Briviesca, Grañón, Cerezo y Logroño. Aun así, quedaban muchos castillos aislados, rebeldes al rey, como el de Muño, que fue tomado por las fuerzas del concejo de Burgos el 23 de julio de 1167, o el castillo de Zorita, defendido por López de Arenas, vasallo de Fernando Rodríguez de Castro. Durante el sitio de esta última fortaleza cayeron prisioneros por traición los condes don Nuño Pérez de Lara, regente y tutor del rey, y Ponce de Minerva, quien, al perder la tenencia de las torres de León, había pasado al servicio de Castilla. Pese a ello, el rey niño mantuvo el sitio, y el propio López de Arenas fue muerto por traición de su propio criado Domin-

go, con lo que el castillo de Zorita se rindió al rey Alfonso VIII a finales del mes de mayo de 1169.

En octubre del mismo año, el rey es armado caballero en el monasterio de San Zoilo de Carrión, y el día 11 de noviembre celebra en Burgos el cumpleaños con el que entra en su mayoría de edad. Convoca las primeras Cortes en la misma ciudad de Burgos, y esta asamblea decide solicitar la mano de doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, para el rey Alfonso VIII. Los esponsales tuvieron lugar en Tarazona en el mes de septiembre de 1170. A partir de su mayoría de edad, el rey demuestra ya su gran personalidad política.

Establece pactos de lealtad entre Castilla y Aragón, pactos a los que los monarcas de ambos reinos se mantendrán fieles durante toda su vida. En 1171 el rey refuerza esos pactos; mediante el matrimonio de su tía doña Sancha con Alfonso II de Aragón establece magníficas relaciones con Roma, por intermedio del legado apostólico, el cardenal Jacinto, que viene a España en el año 1171.

En este mismo año,⁸ don Alfonso dona el convento de Matallana a la orden del Císter, después de un trueque que el rey hace a la Orden Hospitalaria de Jerusalén.

Al año siguiente muere don Álvaro Pérez de Lara, señor de Campoo y hermano de don Manrique y de don Nuño, y los musulmanes atacan Huete. El rey acude en su defensa, y esta situación es aprovechada por el rey de Navarra para invadir nuevamente La Rioja, pero el rey contraataca al navarro y llega hasta Pamplona (1173). En este mismo año pierde el rey a uno de sus leales, Diego Ximénez, señor de Cameros, que es enterrado en el convento de San Prudencio, en La Rioja.

Alfonso II de Aragón le presta el día de San Mateo de 1177

un gran servicio en la toma de Cuenca, que tenían en su poder los musulmanes, tras un asedio que se había prolongado nueve meses. El rey, reconocido al aragonés, le exime de vasallaje.

En enero de 1178 se toma Alarcón y al año siguiente, 1179, tiene lugar el encuentro de Cazorla que refuerza los pactos entre Castilla y Aragón.

En 1181 funda el rey el monasterio cisterciense de San Andrés del Arroyo,⁹ siendo su primera abadesa doña Mencía, condesa de Lara.¹⁰ Pero es en 1187 cuando la generosidad del rey para con la Iglesia se manifiesta de una forma definitiva, con la fundación y dotación del Real Monasterio de Nuestra Señora de las Huelgas en Burgos.

En 1188 muere don Fernando II, rey de León. Su hijo Alfonso besó las manos a nuestro Alfonso VIII en las cortes que se celebraron en Carrión y con este acto el nuevo rey leonés se considera vasallo del de Castilla. En este año se concierta el matrimonio de doña Berenguela con Conrado, hijo del emperador de Alemania; unión que fue anulada más tarde sin que se conozcan las causas concretas. Al año siguiente (1189) nace don Fernando, el heredero de Castilla, en la ciudad de Cuenca.

En la década siguiente, el rey comienza las incursiones en Andalucía, y la reacción por parte del imperio almohade no se hace esperar. Resultado del enfrentamiento subsiguiente es la derrota de Alarcos en 1195, que origina la caída en poder de los musulmanes de una serie de fortalezas que suponían la línea defensiva en La Mancha. La pérdida fundamental es Calatrava la Vieja.

En 1196 muere el rey don Alfonso II de Aragón, el fiel aliado, y es coronado inmediatamente su hijo Pedro II, denominado el Católico, que seguiría siendo fiel a su primo el rey de Castilla.

Durante los años siguientes, los almohades recorren toda La Mancha. Incluso Toledo es sitiada temporalmente y las correrías llegan hasta Guadalajara, Uclés, Huete y Cuenca.

Pero no sólo los almohades generan problemas al rey castellano durante estos años. Sus vecinos y parientes no quieren desaprovechar la aparente debilidad temporal de don Alfonso y le plantean conflictos territoriales en varios frentes de batalla. El rey de Navarra entra por Soria y Almansa, mientras que Alfonso de León lo hace por Tierra de Campos en combinación con los musulmanes, a pesar de ser vasallo del rey de Castilla.

Don Alfonso VIII, junto a su fiel aliado de Aragón, derrota al leonés, obligándolo a retroceder en el Infantazgo.

Pero en 1198 se pierde Plasencia, Santa Cruz, Montanches y Trujillo, que pasan a poder de los almohades. Por su parte, el rey Sancho de Navarra, aprovechando la debilidad de Castilla, sigue haciendo incursiones en La Rioja.

Alfonso VIII logra restablecer las buenas relaciones entre Pedro II de Aragón y su madre doña Sancha, su tía carnal, por su ascendencia sobre ambos.

Este final de siglo está marcado, también, por acontecimientos de otra índole, concretamente los enlaces matrimoniales.

En diciembre se casa Ricardo de Inglaterra (Ricardo Corazón de León) con doña Blanca, hija del rey de Navarra, y también se celebran las capitulaciones matrimoniales entre la infanta doña Berenguela de Castilla y don Alfonso IX de León, en un intento de lograr la paz entre ambos reinos. De este último matrimonio nacerá Fernando III, El Santo, que, finalmente, unificará ambos reinos.

Al año siguiente (1200), don Alfonso de Castilla conquista Vitoria, y en este mismo año Guipúzcoa besa la mano del

rey, y de esta forma los guipuzcoanos se convierten en vasallos de Castilla.

En 1201 el rey casa a su hija doña Blanca con el delfín de Francia, hijo de Felipe Augusto, que reinará posteriormente con el nombre de Luis VIII. De este matrimonio nacerá san Luis, rey de Francia. En 1204 nace el infante don Enrique, último hijo de Alfonso VIII que por la prematura muerte de su hermano don Fernando será heredero del trono.

En el año 1206 don Alfonso pacta treguas con el rey de Navarra y casa a su hija doña Urraca con Alfonso de Portugal, hijo de Sancho de Portugal. Mediante esta política matrimonial termina estableciendo pactos familiares con todos los reinos vecinos.

En 1209, haciendo valer los derechos de su esposa la reina doña Leonor, el rey intenta hacerse con Gascuña, pero el fin de la tregua que había firmado con los almohades le obliga a volver a Castilla. El infante don Fernando entra en Andalucía por Andújar y Jaén, pero Al Nasir contraataca y en el verano de 1211 toma la fortaleza de Salvatierra. En octubre del mismo año muere en Madrid el infante don Fernando, heredero del trono de Castilla.

El rey promueve a partir de entonces una intensa actividad diplomática y logra que se conceda el carácter de cruzada a la próxima campaña contra los almohades, que terminaría convirtiéndose en la cruzada de las Navas de Tolosa.

La victoria de la batalla de las Navas de Tolosa en julio de 1212 fue el gran triunfo personal de nuestro rey Alfonso VIII.

El año siguiente, 1213, fue de gran hambre y mortandad en Castilla, circunstancias adversas que solamente pudieron ser paliadas en parte gracias a la munificencia del rey y de su arzobispo, don Rodrigo Jiménez de Rada.

A pesar de esta situación económica, el rey vuelve a sitiar Baeza, ayuda al rey de León en su lucha contra los musulmanes y manda un ejército en apoyo de los ingleses, a la sazón enzarzados por enésima vez en sus eternas rencillas contra Francia. El mismo año recibe en Burgos a san Francisco de Asís, permitiéndole fundar en Castilla. El primer monasterio franciscano en este reino fue por consiguiente la ermita de San Miguel, en Burgos.

Pero al año siguiente, cuando el rey acudía al encuentro de su yerno el rey de Portugal, que debía producirse en la ciudad de Plasencia, que el mismo don Alfonso había fundado, enfermó en el pueblo de García Muñoz, y allí le sobrevino la muerte el día 6 de octubre de 1214, a los cincuenta y nueve años. Fue sepultado su cuerpo en el monasterio de Huelgas de Burgos, y fueron sus testamentarios don Rodrigo, arzobispo de Toledo, don Gonzalo Ruiz de Girón y doña Mencía de Lara, abadesa de San Andrés del Arroyo.

El resumen de la crónica de su vida que antecede nos permite adivinar en parte al carácter y la fisonomía de don Alfonso.

Su aspecto físico queda reflejado en un retrato que su cronista, Núñez de Castro,¹¹ tuvo ocasión de ver en el altar mayor del hospital del rey, en Burgos. Nosotros hemos buscado dicho retrato sin éxito. Dice así el cronista: “Era de estatura más que mediana, de rostro hermoso, en quien sobresalía lo encendido; la frente, sin desproporción, abultada, el cabello de color de la barba, tibiamente negro, los ojos garzos, la nariz inclinada a grande, sin desmesura que ocasionara fealdad”.

Fue don Alfonso, denominado el Noble no sólo por su gran valor y señalados triunfos, sino también por sus heroicas virtudes: “Fue uno de los mayores príncipes que florecieron en España en todas sus coronas”.¹²

Otros cronistas de su época manifiestan que fue un rey prudente, valiente y generoso, así como inteligente, de gran capacidad intelectual y memoria.¹³

Amó la justicia, como se demuestra en múltiples testimonios, como en la toma de Zorita antes aludida, en la que el rey recompensó a Domingo, el criado de López de Arenas, porque gracias a su traición se pudo tomar el castillo, pero mandó sacarle los ojos por haber matado a su señor; o en el caso de un intento de violación, en el que intercedió por el acusado, su buen amigo López de Haro, lo que no impidió al rey la aplicación estricta de la ley, en virtud de la cual el criado, culpable, también fue desorbitado.

Además de justo, nuestro rey fue valiente, pues como tal lo describen los trovadores de la época y lo pone de manifiesto la crónica de su vida, cuando en innumerables ocasiones el rey está a punto de perderla.¹⁴

Fue honesto y buen padre de familia. Existen testimonios escritos sobre el afecto que profesaba a sus hijos, y su matrimonio con doña Leonor fue ejemplar. No se ha podido demostrar históricamente la veracidad del episodio amoroso del rey con la judía de Toledo.

Profesó un verdadero culto a la amistad, como se pone de manifiesto en los casos de don Pedro II de Aragón y de Diego López de Haro. A este último llegó a nombrarlo testamentario suyo, y la prematura muerte del de Haro le originó una gran depresión.

La *Crónica General* de Alfonso X el Sabio termina el capítulo dedicado a don Alfonso VIII con estas bellas palabras: “Los pregones de alabanza de este rey ni les podrá matar la envidia ni el olvido. Su alma con el rey de los Cielos reina en el Santo Paraíso. Amén”.¹⁵